

Ray Celestin

Jazz para
el Asesino del Hacha



Traducido del inglés por Mariano Antolín Rato

Alianza Editorial

Título original: *The Axeman's Jazz*

Esta obra fue publicada por primera vez en 2014 en Mantle, un sello editorial de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers Limited.

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Ray Celestin, 2014

© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 913938888

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-161-0

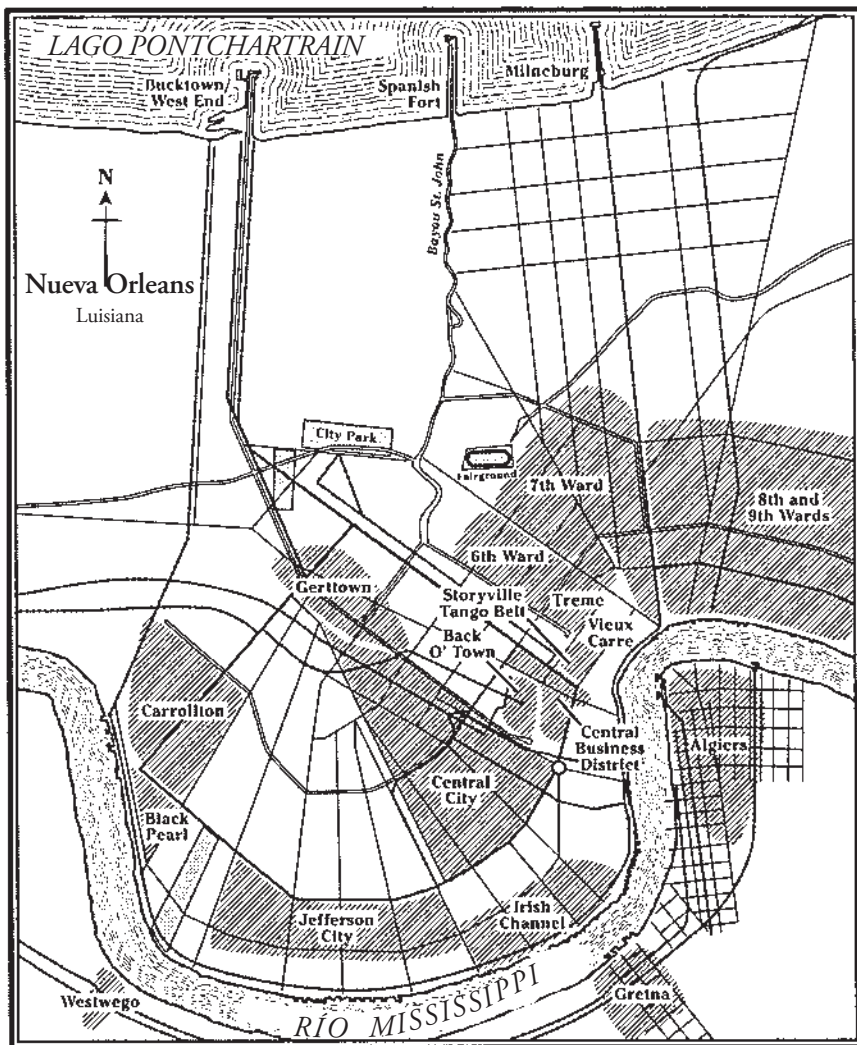
Depósito legal: M. 30.664-2015

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Al capitán Alex y a mis padrinos



«Cuando toco, pienso en momentos y cosas del pasado que me proporcionan una imagen de lo que toco. Como imágenes en movimiento por delante de mis ojos. Un pueblo, una chica conocida tiempo atrás, un viejo que viste una vez no recuerdas dónde.»

LOUIS ARMSTRONG

Esta novela está basada en hechos reales.
Entre 1918 y 1919 el Asesino del Hacha de Nueva Orleans
mató a seis personas.

Las cartas del Asesino del Hacha incluidas en las páginas 14-15 y 289-290
son transcripción de las originales, no obra del autor.

PRÓLOGO



Nueva Orleans, mayo de 1919

JOHN RILEY ENTRÓ apresuradamente en la redacción del *Times-Picayune*, de Nueva Orleans, hora y media después de la que se suponía que era su hora de entrada al trabajo. Se sentó a su mesa, tomó aire lenta y profundamente, y alzó la vista para pasearla por la sala. A pesar de su aturdimiento, consiguió apreciar que sus colegas le miraban con disimulo y se preguntó hasta qué punto su aspecto debía parecer descuidado. Había pasado fuera la noche, en su sitio habitual de la avenida de los Campos Elíseos, y se llevó la mano a la cara para asegurarse de que ya no estaba sudando. Cuando sus dedos se toparon con una barba de al menos dos días, se arrepintió de no haberse mirado en un espejo antes de entrar.

Miró su mesa y sus ojos se encontraron con la máquina de escribir. Su armazón negro, la media luna de las barras de los tipos, sus palancas y teclas, todo lo que en cierto modo hacía parecer intimidante a aquella cosa, fría y dura y de otro mundo, y comprendió que todavía no se encontraba en condiciones de ponerse a escribir. Necesitaba unos cuantos cafés y un paquete de cigarrillos, y puede que un brandy de los de mediodía, antes de sentirse en condiciones de enfrentarse a cualquier cosa que exigiera un cerebro a pleno rendimiento, así que decidió liquidar lo que quedaba de la mañana con algo que se aproximara a la idea de trabajo. Se levantó y dio unos pasos indecisos hasta la bandeja de entrada donde

estaban las cartas al director. Cogió todas las que pudo, sujetándolas contra el pecho, y regresó a su asiento.

La correspondencia era la habitual: ciudadanos furiosos, gente con quejas, sabelotodos, y los que utilizaban la página de cartas como una tribuna para discutir con otro. Eligió para publicar unas cuantas de las diatribas más largas porque llenaban la página con más facilidad, y luego rebuscó entre las cartas de gente que aseguraba haber visto al Asesino del Hacha. Desde que habían empezado los asesinatos unos meses atrás, la redacción estaba inundada de cartas de ciudadanos preocupados que juraban que habían visto al Asesino del Hacha cuando iba a cometer alguno de los asesinatos. Riley suspiró y se preguntó por qué aquellas personas mandaban esas cosas al periódico y no al departamento de policía. Encendió un cigarrillo y agarró la última carta del montón. Era un sobre de aspecto poco corriente, de fino papel de arroz, sin datos del remitente y la dirección del periódico escrita con una caligrafía enmarañada y llena de borrones con un líquido color teja que él deseaba que fuese tinta. Dio una calada al cigarrillo y la abrió con una uña.

Infierno, 6 de mayo de 1919

Estimado mortal:

No me han atrapado y nunca lo harán. Nunca me han visto porque soy invisible, tanto como el éter que rodea vuestra tierra. No soy un ser humano, sino un espíritu y un demonio del ardiente infierno. Soy lo que vosotros, vecinos de Nueva Orleans, y vuestra estúpida policía llamáis el Asesino del Hacha.

Cuando lo decida, saldré a reclamar otras víctimas. Sólo yo sé quiénes serán. No dejaré más pista que mi hacha ensangrentada, bañada con la sangre y los sesos de aquellos a los que haya mandado abajo a hacerme compañía.

Si queréis, podéis decirle a la policía que tenga cuidado de no irritarme. Eso sí, soy un espíritu razonable. No me molesta la forma en que han llevado a cabo las investigaciones hasta ahora. En realidad, los

policías han sido tan absolutamente estúpidos que no solo me han divertido a mí sino también a Su Satánica Majestad, Francis Josef, etc. Pero decidles que se anden con cuidado. Que no intenten averiguar lo que soy, pues más les valdría no haber nacido que provocar la cólera del Asesino del Hacha. No creo que sea necesaria esa advertencia, pues tengo la seguridad de que la policía siempre me evitará, como han hecho hasta ahora. Son listos y saben cómo mantenerse lejos de todo daño.

Es indudable que vosotros, vecinos de Nueva Orleans, me consideraréis el más horrible de los asesinos, lo que soy, pero podría ser mucho peor si quisiera. Si lo deseara, podría hacer una visita a vuestra ciudad todas las noches. Podría matar si me lo propusiera a miles de vuestros ciudadanos más insignes, pues mantengo una relación íntima con el Ángel de la Muerte.

Bien, para ser exacto, a las 12:15 de la noche (hora terrestre) del próximo martes voy a pasarme por Nueva Orleans. Con mi infinita misericordia, voy a haceros una pequeña proposición. Ésta es:

Me gusta mucho la música de jazz, y juro por todos los demonios de las regiones infernales que no será atacada ninguna persona en cuya casa esté sonando a plena potencia una banda de jazz a la hora que acabo de mencionar. Si todo el mundo tiene una banda de jazz tocando, bien, entonces mucho mejor para vosotros. Una cosa es segura y es que sobre algunos de los que no oigáis jazz el martes por la noche (si hay alguno) se abatirá el hacha.

Bien, como tengo frío y ansío el calor de mi Tártaro natal, y ya casi es hora de dejar vuestra estancia terrenal, interrumpiré mi discurso. Esperando que publiquen esto, que eso pueda servir de algo, he sido, soy y seré el peor espíritu que haya existido nunca tanto en la realidad como en el reino de la fantasía.

EL ASESINO DEL HACHA

RILEY DIO UNA CALADA a su cigarrillo, dejó la carta y se preguntó si su autor era de verdad el Asesino del Hacha, y, si no lo era, quién demonios podría mandar algo así al periódico. Auténtico o no, sería un pecado no

publicarlo. Riley sonrió y se puso de pie, y sus colegas se volvieron para mirarle cuando se dirigía al despacho del director. No se molestó en preguntarse si debería comunicárselo a las autoridades antes de imprimirlo; en casos como aquél era mejor pedir disculpas que permiso. Lo publicarían y la ciudad lo leería, y se originaría un caos, y Nueva Orleans podría sumirse en la espiral de la noche más importante hasta la fecha.

PRIMERA PARTE



1

Un mes antes

AL OESTE DEL BARRIO FRANCÉS, en la zona pobre de la parte alta de la ciudad a la que los de Nueva Orleans llaman *Battlefield*, un entierro de negros avanzaba con lentitud entre el brillo como de granito de un amanecer con niebla. Los asistentes, vestidos con trajes negros y con velos, la mirada baja, quedaban reducidos a sombras cuando se desplazaban entrando y saliendo de la bruma, un efecto que le daba al entierro un aire espectral, como si de algún modo el desfile en su conjunto se dispusiera a dirigirse al Hades.

El entierro había empezado justo después del amanecer, cuando habían sacado el ataúd a hombros de la casa mortuoria, cargado en el coche fúnebre y los asistentes se habían reunido en la calle. Una vez quedó dispuesto todo, el mariscal había tocado un silbato estridente de modo prolongado, y las cinco bandas de música contratadas para la ocasión la emprendieron con una versión lenta y conmovedora de *Cerca de ti, Señor*.

El mariscal, un viejo de aspecto señorial y rostro sombrío que llevaba sombrero de copa, levita y guantes de un amarillo brillante, dio media vuelta y encabezó el cortejo por las calles agrietadas y salpicadas de hierba. Le siguió inmediatamente el coche fúnebre tirado por caballos y con cortinas de raso; penachos de plumas negras se agitaban con la brisa.

Detrás iba la desconsolada familia sollozando en sus pañuelos, y después las cinco bandas de música, cada uno de los integrantes con sombrero de copa y levita y las chaquetas adornadas con charreteras y borlas. Cerraba el cortejo un conjunto apretado de allegados, deudos y niños andrajosos de la calle conocidos como la segunda línea, golfos que no tenían nada mejor que hacer que seguir los desfiles el día entero, aunque eso significara que se dejaran llevar, como siguiendo el canto de las sirenas, a uno de los muchos cementerios de la ciudad.

El hombre que enterraban era miembro de varias asociaciones de negros —Zulú Aid and Pleasure Club; el Odd Fellows; el Diamond Swells; el Youg Men Twenties; el Merry-Rounds, y en su camino hacia el cementerio el cortejo se había detenido en cada una de las salas de reunión para que así los miembros del club pudieran despedirse de su camarada. Solo entonces se dirigió el cortejo al cementerio, y las canciones se fueron volviendo más melancólicas conforme avanzaban. Cuando el coche fúnebre entró en el cementerio, todos los instrumentos callaron a excepción de los tambores, que redoblaban con un ritmo desolado, solitario, con el sonido de los palillos amortiguado con un pañuelo para imitar el de los bombos militares. Y cuando al fin el cortejo llegó a la tumba, el tambor también calló, y durante un breve momento imperó el silencio.

Entonces el predicador inició sus letanías, que entonaba contra el viento sibilante, y cuando terminó, la familia arrojó tierra a la tumba, uno a uno, un proceso que poseía su propio ritmo y cadencia. Y después de que el último deudo hubiera arrojado su puñado de tierra, y los terrones hubieran resonado en el ataúd y se hubieran deslizado por los lados, el grupo se volvió expectante hacia el mariscal, que se mantenía unos metros detrás, temblando sobre una franja de tierra desigual, la brisa agitando las vueltas de los pantalones de su traje.

El viejo recibió las miradas con los ojos muy abiertos y nublados, y después de unos largos segundos de silencio en los que susurró el viento, asintió, se llevó la mano al pecho y dio la vuelta a la banda que lo cruzaba

para lucirla del lado apropiado en los días de desfile, un lado de deslumbrantes colores vivos, un dibujo africano de cuadrados rojos, dorados y verdes que brillaron en la niebla. Y casi al instante, como si un espíritu se hubiera apoderado de la gente, el entierro se transformó. Los miembros del club les dieron la vuelta a sus insignias de socios, la banda se puso la chaqueta del revés, aparecieron sonrisas, el mariscal hizo sonar el silbato y antes de darse cuenta la banda estaba tocando música de baile: una selección lasciva, ruidosa e irónica: *Oh Didn't He Ramble*. Los trompetistas resonaron, la segunda línea bailó entre las tumbas y los miembros del club abrieron botellas de bourbon y cerveza para brindar por el fallecido. Una atmósfera de carnaval recorrió el desfile y lo llevó serpenteando por el cementerio y de vuelta a las calles, donde se unió más gente a la celebración, y la siempre creciente masa de los que querían juega emprendió la marcha hacia el velatorio.

Mientras el cortejo fúnebre atravesaba ceremoniosamente la ciudad, ateniéndose a su rito tan bien ensayado de música y movimiento, una chica delgada de diecinueve años, con un vestido rojo pimienta y que respondía al nombre de Ida Davis, lo contemplaba con atención. No le había resultado muy difícil dar con el entierro: en Nueva Orleans el sonido se desplazaba sin demasiados obstáculos; era una ciudad llana, con edificios bajos de madera, descampados, ríos y lagos. Su padre, un músico, había señalado con frecuencia el fenómeno, y decía que casi era como si a la ciudad la hubieran construido en forma de instrumento para que difundiera la música. Cuando tocaba una banda —y las bandas de Nueva Orleans eran especialmente ruidosas—, se podía oír desde todos los sitios de la ciudad.

Así que la chica había seguido el sonido y encontrado el cortejo, y ahora lo contemplaba con una mueca de desagrado. No es que menospreciara a los borrachos que lo formaban, ni a los gorriones, ni siquiera a los andrajosos niños callejeros de la segunda línea. Más bien era la ironía de todo eso lo que lamentaba. Luisiana era un sitio donde a los negros se les permitía pocas veces expresar de modo abierto su cultura, y un entierro

era una oportunidad excepcional para hacerla pública, para que se tratara al oprimido con solemnidad, y eso era lo que le hacía fruncir el ceño: que la única vez que se permitía que a un negro lo trataran con ostentación era cuando ni siquiera estaba vivo para apreciarlo.

Se bajó de la acera y recorrió la hilera de los integrantes del cortejo examinando las caras de los músicos en busca de su mejor amigo, puede que su único amigo: un joven de rostro rechoncho que tocaba una de las segundas cornetas y que todavía no había cambiado la pronunciación de su nombre por la forma francesa *Louey*, y al que aún conocían Ida y todos los habitantes de *Battlefield* como Lil' Lewis Armstrong.

Le localizó bastante pronto, a la cabeza del cortejo, tocando una versión a ritmo rápido de *High Society*. Lewis se fijó en ella y enarcó las cejas; luego, sin perder el ritmo ni desafinar, hizo una complicada floritura con la corneta a modo de saludo. Algunos de los que estaban cerca lo celebraron como beodos y Lewis entregó su corneta a uno de los de la segunda línea, un niño larguirucho, descalzo, con una raída camisa blanca.

Lewis se apartó del desfile y se acercó, sus andares entorpecidos por los pantalones de chaqué demasiado pequeños que llevaba puestos. Lewis, de casi diecinueve años, era regordete y de piel oscura, con una cara redonda que resultaba perfecta para una sonrisa inconfundible. Ida era opuesta a él en casi todos los aspectos: delgada y lánguida, con una piel de un matiz solo un poco más oscuro que la leche y una cara de almendra que hacía volverse a la gente. También era un poco introvertida: una timidez derivada del hecho de tener la piel lo suficientemente clara como para pasar por blanca, un rasgo que la hacía contar con pocos amigos en el *Battlefield*.

Lewis se quitó la chistera y sonrió.

—Hola, Ida —dijo—, ¿estás bien?

Su voz era potente y profunda, rasposa por el tabaco y el alcohol, y a ella le sorprendió al oírla que no le traicionase ni un toque de embarazo o curiosidad. Hacía meses que no lo veía, y ahora había aparecido, de

entre todos los sitios posibles, en el *Battlefield*, sin avisar y sintiéndose avergonzada.

—Estoy bien —dijo, sonriendo sin energía. Había venido a pedirle un favor, a pedirle ayuda para una investigación. Pero ahora que estaba con él, no sabía en absoluto cómo hacerle saber lo que quería. Llevaba mucho tiempo sin verle y resultaba difícil hablar imponiéndose al ruido de las bandas, que llegaban a un estridente crescendo en su versión cada vez más extravagante de *High Society*.

Lewis le lanzó una mirada de asombro y ella imaginó que él suponía que pasaba algo.

—Si quieres hablar —dijo— puedo reunirme contigo luego en el velatorio.

Ida había tenido la esperanza de evitar el velatorio.

—Claro —contestó, preguntando por encima de la música—. ¿Dónde es?

Lewis le sonrió, con brillo en los ojos.

—Solo tienes que seguir a la banda —dijo, encogiéndose de hombros, y antes de que Ida se diera cuenta los dos soltaban una risita. Luego la saludó con la chistera y corrió de vuelta al desfile. La banda atacó el comienzo de la *Polka del barril de cerveza* e Ida vio que el de la segunda línea devolvía la corneta a Lewis. Luego su amigo ocupó de nuevo su puesto, mezclándose con el desfile de trajes negros que ondulaba dando tumbos calle adelante, su resplandor de música y ruido apagándose una vez más entre la bruma.

UN LANDÓ NEGRO DE LA POLICÍA atravesaba las calles llenas sumidas en la niebla de Little Italy. El conductor hacía sonar frenéticamente la bocina intentando evitar accidentes. Daba virajes al pasar junto a puestos del mercado y carretas alarmando a los peatones, y de vez en cuando se rozaba contra los bordillos y las aceras de madera de las calles más estrechas. En el cruce de las calles Upperline y Magnolia, dobló con el coche una esquina muy pronunciada y se detuvo chirriando a media manzana de una tienda de comestibles. En la parte de atrás del vehículo, el inspector Michael Talbot se echó hacia atrás en su asiento y soltó un suspiro de satisfacción.

—Bien conducido, Rez —dijo.

—Gracias —contestó el conductor sin apreciar el sarcasmo. Por el cristal que separaba a los dos hombres, Michael vio que el conductor abría un reloj de bolsillo y comprobaba el tiempo.

—Siete minutos y veinticinco segundos —dijo el conductor, un hombre robusto y moreno que se llamaba Perez—. Eso va a ser un récord —añadió, sonriendo de modo resplandeciente a Michael por el espejo retrovisor. Michael le devolvió la sonrisa sin ganas; todavía tenía algunas náuseas.

Perez buscó en el tablero de mandos un cuaderno de notas y con la punta de un lápiz escribió la hora. El departamento de policía de Nueva Orleans había recibido su primera flota de coches de motor solo unos

meses antes, y los conductores de los distintos distritos habían hecho, le parecía a Michael, algún tipo de apuesta sobre lo rápido que podrían hacer sus distintas rutas. Tres de los nuevos coches ya se habían averiado, uno de ellos por culpa de Perez.

Michael dejó que el estómago se le asentara durante un momento y arqueó la espalda para mirar fuera por la ventanilla trasera del coche. Sus ojos se fijaron en la vulgar tienda de comestibles de la esquina unos metros más allá. Era una de las tiendas típicas de emigrantes italianos que estaban apareciendo por toda la ciudad: de una planta, con la tienda delante, la vivienda al fondo, un patio para el reparto en la parte de atrás, y un letrero de chapa que proclamaba el nombre del dueño balanceándose encima de aquel edificio chapucero. Michael suspiró y se pasó la mano por la cara, deslizando los dedos por las marcas que agujereaban sus mejillas.

En el exterior de la tienda, entre los coches del departamento de policía y de la oficina del forense, se había reunido un grupo de gente: italianos del barrio a los que un cordón de agentes contenía sin demasiado entusiasmo. Michael se dijo que no era la multitud habitual que siempre parecía materializarse en la escena de delitos siniestros: gente que pasaba, vecinos, periodistas, desocupados que perdían el tiempo en la esquina de la calle sin nada mejor que hacer. A este grupo de ahora no lo había reunido una curiosidad macabra. Se encontraba allí porque estaban asustados, y a Michael se le encogió el corazón al verlo. Conocía lo suficiente de la naturaleza humana para saber que no costaba mucho que una multitud con miedo se volviera violenta.

—En pleno mundanal ruido —murmuró para sí mismo.

—¿Qué dice? —preguntó Perez, alzando la vista del cuaderno de notas con el rostro fruncido y echando una rápida ojeada al espejo retrovisor. Pero Michael ya había abierto la puerta del pasajero y, poniéndose su sombrero, bajaba a la calle.

Anduvo hacia el extremo del cordón policial, con la esperanza de que no se fijasen en él, ya que hacía el camino más largo, pero Michael era